

## He sido un outsider dentro de mi generación

• Carlos Eymar •

Dr. en Filosofía y en Derecho. Ex General jurídico. Madrid.

Antes de mi encuentro con él, Carlos Díaz era para mí, ante todo, el autor de un libro como *Contra Prometeo*, un nombre asociado a viejas disputas filosóficas de los setenta, adornado con la etiqueta de anarquista cristiano y del vago prestigio de ser el administrador de la herencia personalista de Mounier en España. Mi idea sobre él comenzó a cambiar nada más escuchar, por teléfono, su voz, inesperadamente joven y cariñosa, para concertar una cita. Carlos Díaz vive en un octavo piso de un bloque de edificios de un barrio sencillo, situado en la *rive gauche* del Manzanares. Esa “líquida ironía” no exenta de espiritualidad, a la que se refería Ortega, y que suscitó en él el descubrimiento de un peculiar logos: el “logos del Manzanares”. Algo de ese logos, expresado en un tono castizo y faltón, parece revelarse en las palabras de Carlos Díaz.

Yo sabía que este encuentro te iba a sorprender —me dice Carlos Díaz, adivinando el verdadero estado de mi espíritu—. Pues él es un hombre excesivo y, según sus propias palabras, un auténtico “energúmeno, desmesurado y quijotesco en todo”. Su discurso está sembrado de venablos y vocablos, a veces tan certeros e irresponsables como divertidos. “Yo digo las cosas con una gran irresponsabilidad, pero siempre tal y como las siento. Si hay que rectificar, rectifico”. Tal vez sea su talante anarquista el que le lleva a disparar contra todo lo que se mueve, casi al modo unamuniano: Contra esto y aquello. Un Unamuno a cuyos pechos ha mamado y con el que se ha acostado desde que tenía diecisiete años. Y, a fuer de unamuniano, también quijotesco con un punto de demencia que fundamenta en su actual estudio sobre el *Elogio de la locura* de Erasmo. No hay que ser muy perspicaz para ver que ha sido su carencia de tacto y de sentido diplomático el causante de que su obra no sea tan conocida y reconocida como se merece.

A sus sesenta y siete años (nació en el 44, en Canalejas, un pueblo de Cuenca) a Carlos Díaz solo le separa de la jubilación en la Universidad un año sabático que piensa disfrutar en Latinoamérica donde, desde hace años, se ha venido ganando a un público entusiasta y fiel. Desde esa altura vital, exhibe un impresionante curriculum, con premios extraordinarios y el número uno de su oposición de catedrático de instituto. En él figuran 246 libros y 29 traducciones, lo que le convierte, en términos cuantitativos, en uno de los filósofos españoles más fecundos. Y, si bien, es verdad que entre esos títulos hay muchas obras de divulgación, también lo es que no faltan reflexiones sustantivas de filosofía dura como su tesis sobre la intencionalidad en Husserl o traducciones de Hegel y de los clásicos del personalismo desde Guardini a Buber. Por su parte, él ha sido traducido a doce idiomas y ha recibido muchos reconocimientos como el Premio Internacional Emmanuel Mounier en 2002. Siempre subraya que toda esa obra está cimentada sobre un gran esfuerzo y sobre jornadas de doce horas de estudio, algo que no hubiera sido posible sin el apoyo de su mujer, Julia, con quien ha tenido tres hijos que, a su vez, y por el momento, le han dado cuatro nietos.

Las líneas que siguen, a continuación, recogen el contenido de unas conversaciones que se desarrollaron en su casa de Madrid, en el mes de junio de 2012, y, dos meses más tarde, en el jardín de la casa de su hijo, en Alpedrete, sierra de Madrid, donde Carlos Díaz combinaba sus vacaciones con la redacción de su último libro sobre Erasmo y esporádicas tareas de canguro de sus nietos.-

#### El encuentro con Mounier

Si te parece bien, comencemos hablando de Mounier, a quien dedicaste el primero de tus libros en 1969, a quien introdujiste en España y que, además, ha inspirado toda tu obra, incluida la fundación del Instituto que lleva su nombre.

Fue Alfonso Carlos Comín el que trajo el personalismo a España y lo puso a funcionar en medios jesuitas y de la izquierda comunitaria de la que él era un gran exponente. Antes de que yo mismo y el Instituto Emmanuel Mounier concluyéramos, con la editorial Sígueme, los cuatro tomos de las *Obras Completas*, entre 1988 y 1993, Alfonso Carlos Comín ya había prologado, en 1974, el primer tomo del frustrado proyecto de unas *Obras Completas* de Mounier en la editorial Laia. A mí me parece que, como ya he dicho alguna vez, Comín marxistizó a Mounier en una época en que el marxismo era caballo ganador. Yo, que siempre he sido caballo perdedor,

reivindicaba la parte más profética de Mounier y su vinculación amorosa con el anarquismo. El libro que más me gustaba a mí de Mounier era *Comunismo, Anarquía y Personalismo*. Para defenderse de mi acusación de marxistizar a Mounier, Comín escribió, ya cerca del final de su vida, una *Carta abierta a Emmanuel Mounier* denominándole raíz *Emmanuel*, y también le llegó a reconocer su carácter profético y metapolítico.

Yo te confieso que la primera vez que oí hablar de Mounier fue al recién fallecido Peces Barba; en el año 68, en que yo entré en la Universidad. Él, que era un joven profesor que estaba en la cátedra de Ruiz Giménez, nos dijo que la posición de la cátedra estaba fundada en los principios del humanismo socialista democrático o del personalismo comunitario. Y nos mandó leer el *Manifiesto al servicio del Personalismo* de Mounier, editado en Taurus.

Yo le fui a ver a él personalmente cuando el cura de mi instituto de bachillerato me denunció a la policía acusándome de comunista. Y en los años setenta, esa acusación era muy peligrosa. A mí me fue mal en tiempo de Franco. ¡No te puedes ni imaginar cuántas inspecciones domiciliarias! Pero no son muñones de los cuales yo quiera extraer una plusvalía ideológica. Ante la denuncia del cura yo necesitaba a un abogado y fui a Peces Barba. Entonces era maritainiano y me causó muy buena impresión. Lo que ocurre es que este hombre dio un giro que intelectualmente es incomprendible.

Yo guardo una felicitación suya de las navidades del setenta en la que me decía: "Que Dios nos ayude a todos". Luego, al parecer, perdió la fe.

¡Qué cambio tan espectacular el de este hombre!, ¿verdad?

Tú ya habías escrito tu memoria de licenciatura en el año 1966 sobre Mounier ¿fue casual la forma de llegar hasta él?

Fue totalmente casual. Al primero que oí hablar de Mounier fue a Adolfo Muñoz Alonso, que era un catedrático muy *sui generis*, amenísimo y muy listo. Él nos decía al llegar a clase cosas como "acabo de quitarme la camisa azul porque vengo de hablar con el Generalísimo". Él fue quien escribió el libro *Un pensador para un pueblo*. Era uno de esos personajes muy hábiles que pasan por filósofos sin haber estudiado la suficiente filosofía. Una cosa parecida a Savater, en su línea. Frente a González Álvarez, con el cual mantenía famosas rencillas, representaba el no tomismo, la versión más o menos agustiniana, pero sin obra filosófica.

En aquella época todos venían de la camisa azul, incluso filósofos luego convertidos a la democracia como Aranguren, Laín o Ruiz Giménez.

Pero, a diferencia de otros, Muñoz Alonso subrayaba que él venía de la camisa azul. Él había andado por Italia cuando era joven y en esos círculos italianos el personalismo estaba empezando, también el de Mounier. Muñoz Alonso nos habló dos o tres veces sobre Mounier y a mí me abrió el apetito porque me resultó muy sugerente. Ahí fue donde tomé el primer contacto con Mounier, aunque luego me ayudó un compañero de estudios de mi mismo curso: Manuel Maceiras.

¡Hombre!, yo lo tuve como profesor de Historia de la Filosofía y guardo muy buen recuerdo de él.

Manuel Maceiras, por aquel entonces, era sacerdote salesiano y luego llegaría a ser decano de mi Facultad. Él era unos cuantos años mayor que yo y, como venía más viajado y más sabio, me ayudó en mis primeros pasos. Antes había estado en Centroamérica trabajando con los más pobres. Yo le recuerdo con un agujero en la suela de los zapatos. Me dijo: ¡mira!, no tengo dónde caerme muerto y voy a tener que opositar. Entonces opositó a profesor de Instituto y se metió con Muñoz Alonso. Cuando yo terminé también Muñoz Alonso y Rábade me ofrecieron quedarme de ayudante con ellos. Yo no dudé en escoger a Rábade.

También Rábade me dio clase de Metafísica, recuerdo que traía los textos originales de Kant, Descartes o Locke y los leía directamente.

Rábade era la profesión, fue él quien nos enseñó a leer a los clásicos.

¿Guardas recuerdo de algún otro filósofo?

Sí de muchos. Podría lanzar una mirada retrospectiva completamente heterodoxa sobre la historia de la filosofía española. Por ponerte un ejemplo. Gustavo Bueno y yo coincidimos en mi primera conferencia pública en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Yo era brillante. Ya no lo soy, pero lo era. Allí disertábamos Julián Marías, Carlos Paris y yo a mis veintipocos años. Vi en la primera fila a una especie de patán, como él es, que era Gustavo Bueno. Yo no lo conocía, pero me estaba llamando la atención. De repente, se levantó porque, claro, éste sí que es otro energúmeno que, para entonces, sabía más que yo y dijo: “Bueno, jovencito: es

usted un espléndido orador; ¡pero no tiene ni idea de lo que es la revolución!”. Y comenzó a zaherirme. Entonces, yo me dije: aquí sólo me cabe una salida, y le pregunté: ¿no será usted Gustavo Bueno? Sí, el mismo, me respondió. Pero entonces –dije–, es que es usted un cura *rebotao* o un seminarista *rebotao*, porque su manera de atacar es pueril y escolástica. Entonces, empecé a echar baba por la boca, sacó un navajón, así, y fue a pincharme. Eso era en el año '69, cuando salió publicado mi primer libro, *Personalismo obrero, presencia viva de Mounier*.

¿Eran accesibles las obras de Mounier por aquel entonces?

Algunas sí. Si no, yo me dirigía directamente a *Du Seuil* para pedir las, los derechos y todo. Lo hacía desde mi instituto.

De Mounier, tú subrayas su condición de profeta y esa perpetua tensión entre lo místico profético y lo político que recorre todas sus obras.

Eso es. Ese fue *mein Liebling*; allí vi yo su magnitud. Él sustanciaba la forma de comprender el Evangelio que yo tenía. “Mi Evangelio son los pobres”, decía él, pero, a la vez, añadía, “mi Evangelio es la Encarnación de Dios en Cristo”. Me pareció una lectura que debería ser consustancial a todo cristiano, aunque, al parecer, muchos otros cristianos no lo ven así.

Esa tensión que existe entre profetismo y eficacia, ¿no crees que puede llevar a considerar el profetismo como palabrería inútil?

Bueno, estamos acostumbrados a la burricie cósmica. La gente oye profetismo y piensa en los tópicos que se le ocurren. Creo que a todo escritor de fondo, o a cualquier investigador o pensador que se lo proponga, esos obstáculos le surgen con cada palabra. De modo que yo no puedo detenerme en la intelección común de los tópicos y en su expresión correspondiente. Sino que, a riesgo de no ser entendido, tengo que seguir adelante con el significado prístino y original de las palabras. Entre otras cosas, profecía y utopía que, como es bien sabido, son motores y lanzaderas de realidad.

Pero quizás, la palabra *profetismo* –y no digamos *utopía*!– estaba mucho más vigente en los años sesenta o setenta. Hoy, el profetismo parece algo desinflado.

Y así es, efectivamente. Lo cual ha conllevado la práctica desaparición de Mounier en el ámbito del pensamiento, en la medida en que se ha

producido la paralela desaparición de todos los profetas en Europa, en España y en el mundo. Esto es otro sufrimiento de la persona que realmente entiende lo que escribe. Las vigencias de identidad cultural van mutando y nadie se acuerda de los orígenes. Con lo cual se produce un continuo volver a empezar, según van cambiando esas vigencias culturales. Piensa en el marxismo ¿qué vigencia cultural tiene hoy? Pues muy poca.

*Ya has señalado la vinculación amorosa de Mounier con el anarquismo, ¿cómo te sientes con tu etiqueta de anarquista cristiano?*

Si uno lee a los anarquistas clásicos: Kropotkin, Proudhon, Malatesta... , verá que sus ideas son de lo más parecido a la ética cristiana. Es la antítesis de la dictadura comunista en la que el hombre no es un fin en sí mismo. Es la antítesis de todo eso y una apología de la belleza. Es verdad que hay algunos anarquistas que cardan la lana como Bakunin o fueron terroristas como Netchaiev. Pero yo de esos no me reclamo en tal aspecto. Yo me sitúo en esa otra línea libertaria cuyo exponente más cercano es Tolstoi. Me han reunido, entre los anarquistas cristianos, con León Tolstoi y Jacques Ellul. Bueno, yo no soy ni como Tolstoi ni como Ellul, pero, a la hora de defender la *episteme* de la posible compatibilidad del cristianismo con el anarquismo clásico, resulta que este anarquismo clásico era determinista en el fondo. ¿Cómo compatibilizar eso? Pues ahí me tienes haciendo, a la vez, una crítica del anarquismo y tratando de rescatar lo mejor de él. Cuando, siguiendo este proyecto, publico en 1980 *Contra Prometeo*, todos los anarquistas me dan la espalda y me llaman infiltrado del Vaticano, porque no aguantan la crítica, ni siquiera la de la gente que les ama.

#### La filosofía posmoderna

*¿Crees que la crítica de Mounier al marxismo y a su olvido de la trascendencia, en la línea de Berdiaev, vigente en su época y en los años setenta, sería extensible hoy a la filosofía posmoderna?*

Te aseguro que esa crítica podría llegar hasta Fernando Savater, prototipo de ese espíritu progre. Todavía en su novela *Caronte aguarda*, se refiere a mí, sin nombrarme, como *anarcocomehostias*. De esto ya ningún progre se acuerda. ¿Por qué? Porque ya no está en su entorno. Es decir, aquí ha habido un siroco, no un simple vientecillo o un huracán que haya arrasado con todo. Aquí y en cualquier punto de Europa y del mundo ha habido

una serie de sirocos, una política de *razzias*, de sembrar sal y quemar toda la tierra para volver a empezar. Y por eso los autores y las teorías van y vienen, pero sin seriedad, como descolgándose de ideologías, sin arraigar en la realidad. Todo lo que era realidad se ha convertido en coyuntura. Incluso el estructuralismo ha desaparecido.

Fue muy sonada tu polémica con Savater en *Triunfo*.

Eso fue porque me enteré de una reseña de mi libro que había hecho Savater en el semanario *Triunfo*, el de más tirada y prestigio de la época. Fui a los dos días con una réplica, y en el número siguiente salió publicada mi réplica y la dúplica de Savater. Eso es ilegal, eso no se hace nunca. A la tercera vez salió publicada mi dúplica y su redúplica, acompañadas de un artículo de Jesús Aguirre, duque de Alba, en el que me amenazó con enviarme a la guardia civil. Y así se zanjó la polémica. Juan Gómez Casas, entonces secretario general de la central sindicalista anarquista *CNT* quiso entrar en la polémica para apoyarme, pero no le dejaron. Así de disimétrica y arteramente he sido tratado todos los días de mi vida.

También es verdad que en *Contra Prometeo* pones a Savater al nivel del marqués de Sade y, si bien es verdad que atravesó una época muy nihilista y muy nietzscheana en su *Panfleto contra el Todo*, también es cierto que luego cambió hacia posiciones comprometidas en su lucha contra el terrorismo, por ejemplo.

Sí, es cierto que ha sido pionero en su enfrentamiento y denuncia de ETA, pero él es la muestra de que la gente carece de memoria. Él no se acuerda ya de su *Panfleto contra el Todo*. Es un ejemplo vivo de superficialidad, de que todo se lo lleva el calendario. Por eso se puede hablar de unos cuantos *savateres*: el primero, el segundo, el tercero... Y entonces, ¿qué pasa? Que no hay ningún Savater. Habiendo tantos no puede haber ninguno porque el segundo no subsume al primero.

Pero casi son inevitables las evoluciones o las modas en filosofía. Así, en los años setenta u ochenta, todo filósofo que se preciara tenía que pagar un tributo al marxismo.

Pensarlo no significa pagar un tributo, bendecirlo o pasarse con armas y bagajes de una situación cultural a otra con una máxima frivolidad. Jacobo Muñoz, el gran intelectual de los filósofos jóvenes en aquella época, lleno de vanidad, en una introducción a un libro sobre Wittgenstein, dice que "todo es relativo, menos el marxismo". Eso se lo he oído varias veces y lo

tengo citado. ¿Cómo se puede ser tan tonto? No quiero ser hiriente, pero o es muy listo ahora y entonces muy tonto o era muy listo entonces y ahora muy tonto.

Este *pin pan pun* de vanidades y esta feria de las máscaras aparece expuesto en mi libro *La última filosofía española* (Editorial Cincel) en una colección que yo dirigí, con prólogo de Juan Luis Ruiz de la Peña. Ninguno de ellos me contestó, bien sea porque soy insignificante, bien sea porque no tienen salida. Yo no apelo a esa especie de *fijismo* escolástico de la “filosofía perenne”, sin cambios. Pero creo que se puede ser serio, no dejarse deslumbrar, no buscar el premio que conlleva el estar siempre a la última moda.

Yo personalmente, y también muchos filósofos de mi generación, asumimos el programa de Ricoeur de pasar por Marx, Freud y Nietzsche, los maestros de la sospecha, para seguir manteniendo una ingenuidad postcrítica.

Yo también he pasado por ello. Yo los he traducido y he enseñado marxismo. No estoy en contra de eso. Estoy en contra de la banalidad que es barbarie cultural. La banalidad, como dice Michel Henry, es una forma de barbarie. A mí, eso siempre me ha hinchado las narices, me ha supuesto mucho dolor y me ha parecido un gran engaño. No en vano estamos donde estamos: los que eran maestros, no lo son; los que eran cristianos, no lo son y lo que era, ya no es. Yo, por lo demás, estoy intacto. Yo, como aquellas señoras que revalidaban su virginidad pasando por el río Canuto, revalido mi virginidad cada día, gracias a Dios.

¿No ves en ti una cierta evolución, cambios o rupturas epistemológicas, incluso en tu propia relación con Mounier?

Para mi suerte o desgracia, en mí ha habido inflexiones, pero no cambios drásticos. Lo tienes en mi primer libro de 1969, *Personalismo obrero. Presencia viva de Mounier*. Le han seguido doscientos cincuenta hermanos en los que no encontrarás cambios sustanciales.

En cuanto a Mounier, ha sido mi padre, luego mi hermano y, ahora, mi abuelo, por aquello que decía Goethe de las edades de la vida. Eso significa que yo he evolucionado con él y que mi vinculación a él ha estado viva siempre. No fue un fue que pasó y no es, para decirlo con Quevedo. Y no porque yo haya permanecido de espaldas a la realidad cultural o porque la haya ignorado.

He estado en la primera línea de combate cultural en España. Eso es lo que, quizás, quieras o no quieras y sea mejor o peor, me singulariza con respecto a mi generación. Yo soy un hombre comunitaria y socialmente fiel.

¿A quienes consideras filósofos miembros de tu generación?

A los miembros más destacados de la llamada generación de los “filósofos jóvenes”, asociación de la que yo fui presidente. Allí estaban todos: Sádaba, Savater, Jacobo Muñoz, Miguel Ángel Quintanilla...

¿Muguerza, Albiac...?

No, Albiac fue alumno mío. Él no pasaba por los filósofos jóvenes. Lo que él hizo fue enamorarse de Althusser. Él me quiere y yo también le quiero. Somos amigos. Pero lo cortés no quita lo valiente. Un día, en nuestra aula de verano del Instituto Emmanuel Mounier, yo le pregunté: “Oye, tú, ¿en qué crees?”. Y él me dijo que: “En nada. Sólo en donde mejor me pagan”. El pensamiento, el de él y el de todo *quisque*, está orientado por el dinero: *chrémata, chrémata, chrémata*.

A Albiac le dieron el premio nacional de ensayo por *La sinagoga vacía*, sobre Spinoza.

Por supuesto. Porque a ese tipo de izquierdista de entonces era al que se premiaba. Nada de eso impide mi alegre reconocimiento de que Gabriel es inteligente y escribe muy bien.

Tu singularidad en aquella generación ¿estaba en tu condición de cristiano?

No, en aquella generación, por ponerte un ejemplo notorio, Javier Sádaba llevaba sotana. Yo lo encontré en Tubinga con la sotana de sacerdote bajo el brazo. Me hallaba buscando casa y él, que se alojaba en casa de una devota señora viuda, *Frau Saur*, y que se iba al día siguiente, me ofreció la suya. Pero, me dijo, tendrás que ponerte sotana porque esta señora no admite a gente que no sea del clero. Yo le respondí ¿pero tú me ves a mí con cara de cura? Al final, no me puse la sotana. La señora me admitió y leíamos la Biblia por las tardes. Era una señora que hablaba en un suevo que no había quien lo entendiera, pero que hacía unos *Kuchen*, unos bollos de esos, de campeonato.

Digamos, entonces, que lo que te singularizaba era un cristianismo no vergonzante.

No sólo no vergonzante; además, te lo voy a decir claramente: haber estudiado más que ellos. Porque yo me dedico a estudiar. Yo podía saber lo que era esencial del marxismo y lo que no lo era, y vivir como los pobres y con los pobres, cosa que ellos consideraban extrínseco a la filosofía.

La diferencia que existe entre el mal idealismo y el bueno es que el mal idealismo genera ideaciones y el bueno idealidades. Y para esto último, para el buen idealismo, para las idealidades, la acción no forma parte extrínseca de la teoría, sino intrínseca. La teoría no es teoría más acción dejada a la eventualidad del sí o el no posible, sino que la acción es una nota constitutiva de su identidad. La praxis no es extrínseca a la teoría; es su manifestación más profunda. Y estos han carecido de praxis. Han hablado de todo lo que desconocían y ahí siguen, siempre han sido reales señores. Todos tienen puestos, altos cargos de los que dan dinero, poder y prestigio. Y era eso lo que buscaban cuando eran estudiantes y cuando eran comunistas. Ya ves qué comunismo, ¿no?

Yo he sido un *outsider* dentro de mi generación, un perdedor académico. En el año 1970, el director de *Taurus* me dijo: “Pero, ¿cómo quieres que te publiquemos con esas tesis ortodoxas? No te vamos a publicar nunca en esta editorial, ni nunca te publicarán en cualquier editorial razonable”. Nadie me ha redimido de esa culpa. Nunca he tenido un cargo en nada, en nada, ni el más pequeño. Bueno, sí, “llegué” a vicedirector del instituto *Calderón de la Barca*, donde fui catedrático durante trece inolvidables años.

¿Puede decirse que Sádaba o Savater, por citar a los más conocidos, han aportado algo en el terreno del pensamiento?

Sádaba es un ganador social. No digo teórico. Es catedrático de universidad, pertenece al consejo de administración de *El Mundo*. Todos los niños bonitos lo aman, escribe donde quiere y cuando quiere, en los grandes periódicos. Sus tesis sobre la posmodernidad han llevado a mucha gente detrás. Su libro *Saber vivir* tuvo veinticuatro ediciones. En cuanto a Savater, fue alumno mío. No sabe casi nada de filosofía. Ni los idiomas del oficio (alemán, griego). Ahora bien, como escritor, como periodista, es gracioso; todo lo que quieras. E, incluso, como fino pensador. No tengo por qué abajar sus méritos. Su *Filosofía tachada* fue un alegato infame contra Rábade y todos los catedráticos oficiales, cuando él mismo buscó la cátedra hasta conseguirla por méritos extraacadémicos. Es otro motivo más para ver de qué carne están hechos estos gaseosos de la teoría.

Tampoco hay que idealizar la filosofía académica, teniendo en cuenta que el propio Mounier renunció a su cátedra en la Sorbona y buscó vías alternativas como la fundación de esa comunidad en Châtenay a la que se incorporaron gentes como Domenach o Ricoeur.

Ese fue el motivo fundamental que me llevó a fundar el Instituto Emmanuel Mounier. Pero no he logrado fundar una comunidad; menos, una de alto *standing* intelectual. En parte, porque ese *standing* intelectual se hallaba entre aquellos filósofos jóvenes que no estaban dispuestos a compartir. Porque, en España, no hubo nunca esa generación de cristianos que hubo en Francia. Cristianos en general; pero también protestantes y judíos. En España, yo he estado huérfano también de ese *background*, de ese sustrato intelectual. Y, además, no creo que yo haya logrado (no tengo ningún empacho de reconocer mis errores) influir intelectualmente en nadie importante en el terreno del pensamiento.

Sin embargo, has dirigido una buena cantidad de tesis doctorales sobre temas personalistas que llevan tu impronta.

No cuento las tesis doctorales porque son un puro medio para hacer carrera académica y ponerlo luego en la tarjeta como los alemanes. Pero yo a eso no le concedo ningún valor porque de esas tesis no han salido militantes y, como ya te he dicho, la práctica es la prueba de la teoría. La praxis significa estar con los pobres, luchar contra el Estado, contra las falsas informaciones teóricas y compartir con ellos buena parte de tu peculio.

En los años sesenta o setenta, la presión teórica para vivir en comunidad, para compartir, para vivir con los pobres, ya fuera con perspectiva cristiana o no, era bastante fuerte. Recuerdo aquella canción de Aute: "La experiencia comunal es algo fenomenal".

Yo conocí las comunas en la *K 1* y *K 2* en Alemania, y había también las comunidades cristianas. Pero, en fin, también esa es una triste prueba de que no hay nada perpetuamente vigente. ¿Qué cristianismo puede haber sin un intento de seguimiento de Jesús, sin compartir con los demás, sin tener una comunidad?

La constatación del fracaso de aquellos discursos entusiastas, que concierne a toda una generación, tendría que llevar a reflexionar sobre el escaso poder de la palabra.

Yo, en la medida de mi objetivamente humildísimo testimonio, traté de hacerlo por la entrega vital al estudio y la enseñanza. Pero reconozco que

no he logrado transmitir, a través de la teoría, un hábito comunitario y, por tanto, también he fracasado en la teoría.

Además de eso, tal vez influya el que yo no tenga buen carácter para ser maestro. Me lo he preguntado muchas veces. Yo creo que tengo un nivel de exigencia que es incompatible con las exigencias de mi probable comunidad. Yo nunca en mi vida he bajado el listón de la utopía. Lo he intentado, sin éxito, años y años, ya hace más de veinticinco, en el *Instituto Emmanuel Mounier*, en el que he puesto mucho dinero, mucha pasión y mucho tiempo, pero ya no lo reconozco como mi obra. Tengo sesenta y siete años y, como no he bajado el listón de la utopía, me he ido quedando solo, cada vez más solo. El Instituto Emmanuel Mounier ha ido perdiendo cierta dosis utópico profética, poética, o como la quieras llamar. Por otra parte, el personalismo comunitario no es cosa de uno, sino que, si está casado, es cosa de dos.

En este sentido es interesante el debate suscitado por Nédoncelle que exalta la relación diádica, entre dos personas, y niega al grupo la posibilidad de ser el lugar para establecer relaciones personales profundas.

Eso resulta incomprensible, para mí, en Nédoncelle. Primero, porque fue sacerdote y, segundo, porque es falso y así se lo manifesté muchas veces por carta. Es la dinámica intencional de la persona: la persona como don, la persona como amor y abierta al infinito. Esto se traduce en que los amigos de mis amigos son mis amigos y que se puede ir agregado una especie de red como esa de Facebook. Creo que eso es válido y tiene que ser así. De lo contrario, estamos siempre en las conciencias particulares: yo y los míos, que son focos de egocentrismo. Entonces, buscando la pureza de la intensidad de la relación diádica, Nédoncelle da un pasito más adelante que Buber. Martin Buber dice que hay instancias de profundidad en el encuentro, pero nada más. Nédoncelle dice que esas instancias pueden darse durante toda una vida, en una relación diaria, pero que van perdiendo intensidad y eso es normal, ¡claro!

Ahora, que una relación pierda intensidad con el paso del tiempo no aminora la posibilidad de una intensidad de tono menor comunitaria. Y eso es lo que ha ignorado siempre Nédoncelle que, en lugar de hacer una sociología verdaderamente abierta, una sociología de grupos como la han hecho otros tantos, en la misma época que él, sobre todo en Francia, se queda en una visión sustancialista de la dinámica relacional. Entonces, si tu teoría no sirve para la vida, que se muera la teoría, le decía yo a Nédoncelle. Y él me respondía que claro, que, en el fondo, yo llevaba razón, pero

que, reflexivamente, había que decir lo que él decía. Y a mí es eso lo que siempre me ha perturbado en relación con algunas personas listas que, sin dar razón, sabiendo que no la tienen, mantienen el tipo por una especie de purito reflexivo que no sé en que consiste.

De todas formas en estos tiempos no abundan los testimonios de grandes amistades o grandes amores y no digamos nada de grupos bien avenidos.

Peor para la realidad. Si a mí me das a escoger entre la realidad efectiva, menesterosa, aporética y hasta porológica o heterónoma, y el deber ser de la idealidad, escojo esto último. Yo, sin dar la espalda a las aporías de lo concreto, habiéndome formado en la fenomenología de Husserl, digo que hay que buscar lo ideal, aunque sin ignorar lo real y confrontándolo con él. Esto, Mounier lo expresó muy bien: quien no es capaz de construir catedrales ¿cómo va a ser capaz de construir una chabola? Vamos a construir primero una chabola y a vivir en la precariedad, pero sin descartar los proyectos de idealidad que superan el fracaso humano. Hoy, por el contrario, el fracaso se convierte en lo ideal y se hace una apología del fracaso, un idealismo bastardo.

Yo no acabo de ver esa apología del fracaso de la que hablas, a no ser que interpretes el fracaso como negación absoluta de esos proyectos de idealidad como pudieran ser, en su día, los de las catedrales.

Hoy se vive la apología del feísmo y se está enfadado con los planteamientos que superan la vulgaridad. Por eso es inadmisibles para tanta gente la idea de Dios, de un Dios perfecto. Y menos que nosotros tratemos de imitarlo y ser imagen suya. Léete a Rubert de Ventós y de ahí para abajo a todos los posmodernos. La posmodernidad tiene dos momentos en dirección a la cristofobia o a la teofobia. El primer momento es la renuncia a lo íntegro, la construcción con retazos de retales de recuerdo. Y el segundo es la apología de lo feo, la negación de todo lo que son convicciones profundas, testimonios y honestidades.

Si tomamos en cuenta la idea del optimismo trágico de Mounier, podríamos tal vez integrar el fracaso, pero no como una exaltación, sino como una tremenda, constante y constatable realidad.

Yo en eso me muevo: en el optimismo trágico de Mounier. Pero hoy la gente no vive el fracaso como tragedia, sino como comedia. Eso lo sé bien

con sólo observar a los miembros de mi generación. Ninguno de esos amigos de Althusser derramó lágrimas por él. Rápidamente acomodaron su funcionalidad en orden a cambiar de chaqueta, de ideología, de lo que haga falta, con tal de seguir arriba.

Eso suena más trágico que optimista. ¿No atenúa esa sensación tu actividad con esa red de grupos al estilo Mounier que, pese a todas tus reservas, has venido creando y sosteniendo durante años?

Sí, incluso estamos en la UNIPEC (Unión Internacional de Personalistas Comunitarios). Dentro de unos días, me voy para estar en Latinoamérica tres meses. Pero hoy no existe el sustrato epocal de Mounier; no hay ese tipo de utopofecía. No hay nada de lo que había.

Entonces, vuelvo con tristeza a constatar que insertar el personalismo en Latinoamérica es muy difícil o casi imposible. Porque en cuanto algunos salen de pobres, vuelven a lo mismo. Es como si en algunos de ellos siguiera viendo a mi generación y cómo han ido curriculeando. Pues, así, allí. Somos, somos... No nos gusta el prójimo. No lo compadecemos. No transfundimos nuestra sangre. En todo caso, lanzamos ideas sobre cómo no ahogarse desde nuestro bote bien pertrechado. Es verdad: quizás se equivocó Dios. Dios mismo lo pensó y se arrepintió de crear al mundo y al hombre. Hay que ser como Dios para arrepentirse; ser Dios, de verdad, y ver, finalmente: "Y vio Dios que era bueno".

#### Mounier y la Iglesia

Hemos venido hablando hasta aquí de cuáles podrían ser una actitud y una práctica mounierianas con respecto a la sociedad y la filosofía posmodernas. Pero también hay que tomar en cuenta la actitud crítico-profética de Mounier con respecto a la Iglesia, a su espiritualismo desencarnado, a sus compromisos o incluso al buen humor de sacristía. ¿Cómo ves, en este aspecto, la situación de la Iglesia?

La actitud de Mounier con respecto a la Iglesia es extraordinariamente realista y válida para hoy, puesto que el poder también corrompe a la Iglesia. Lo que ocurre es que, como la Iglesia ha dejado también de ser profética en grandísima medida, no le interesa ya nada Mounier.

¿Qué es lo que interesa hoy a la Iglesia? Le interesa potenciar ciertas formas de cosmovisión un poco desmayadas, como la de Edith Stein o la

de García Morente, que son formas meramente intelectivas de plantearse la realidad y de ser, dentro de la Iglesia, muy conservadoras.

Es todo lo mismo y no ocurre por casualidad. Este es el tributo que hay que pagar al curso de los tiempos, al cambio de las épocas. Y yo no lo quiero pagar, quiero ser plenamente actual, siendo plenamente eterno. Por eso hoy mismo, en Alpedrete, me encuentras terminando un folleto sobre Erasmo de Rotterdam. Pues yo quiero recuperar ese “latín universal”, esa dimensión universal más allá de las coyunturas epocales que hay en todo ser humano.

¿Ha influido tu condición de católico en la percepción que de ti se ha tenido como filósofo?

Mi pertenencia a la Iglesia me duele mucho, pero la acepto como lo que la Iglesia es: *casta meretrixque*, casta y meretriz. Lo de “meretriz” me lo he callado para mi interior, mientras que otros han aireado las inmundicias de la Iglesia. Se ha bajado de los aviones y, ¡venga!, a dar caña en *El País*.

En concreto, Juan José Tamayo insiste mucho más en lo de *meretrix* que en lo de *casta*.

Él fue cura y sigue faldoneando, aunque ahora digan que el sacramento no imprime carácter. Como aficionado, he estudiado bastante teología y he dirigido la revista católica internacional *Communio*, versión española, con los Olegario González de Cardedal, Juan Ruiz de la Peña, Juan Martín Velasco, etc. Pues bien, comparado con ellos, este Tamayo es intelectualmente un refrito liliputiense oportunista. ¿Por qué te crees que es el teólogo de *El País*? ¡**Mein Gott!**

Albiac fue tertuliano de la COPE.

Sí, precisamente de donde me expulsaron a mí. ¿Tú sabías que yo fui tertuliano de la COPE? Eso también da idea de lo desmemoriados que sois vosotros, intelectuales cortos. Yo estaba en *La tarde con Cristina* y me expulsaron, por supuesto, “antivaticanista”. Hace seis años. De todos mis amigos obispos, que entonces tenía muchos, con motivo de mis artículos, viajes y conferencias, ni uno solo vino a decirme: “Oye, Carlos, estoy contigo”. Mientras tanto, seguía como contertulio en otro programa Gabriel Albiac, el más ateo de todos los ateos según confesión propia. Y allí seguía, también, la única persona en España que, posiblemente, vaya a escribir más que yo: el impresentable de César Vidal. No es sólo que escriba mal y

sin profundidad; es que es vomitivamente reaccionario. Con él, tuve más de una trifulca a micrófono abierto. Pero él y Albiac se quedaron.

*También has tenido relación con cristianos más ilustrados.*

En alguna ocasión, estuve en los diálogos organizados por Gómez Caffarena y Aranguren, en el jesuítico *Instituto Fe y Secularidad*. Yo allí era como un perro verde, aunque Aranguren hiciera dos resenciones mías. Yo me sentía muy encajonado. Todos en la misma progresía, algo muy críptico, y esoapestaba. Aranguren siempre me trató con cariño, y yo a él. Fue él quien, en su momento, realizó una aportación axial al discurso ético en nuestro país.

Por lo que yo he podido comprobar, te muestras muy respetuoso con respecto a la Iglesia e, incluso en tu libro *Apología de la fe inteligente*, dices que en Roma se resuelve la relación tensional entre Atenas y Jerusalén y propugnas el ¡Zurück zum Roma!

Toda la gente de la derechona católica, todo el *Opus* y anexos ultrapiadosos emergidos piensan que yo no soy católico. También en *Alfa y Omega* me ningunearon, aunque al principio me pedían artículos como si yo fuera Séneca. Poco a poco, se fue estableciendo una situación de desconfianza con respecto a mí, hasta llegar al silencio absoluto. En San Dámaso, no prolongaron mi *venia docendi*.

¿Cómo fue eso?

Simplemente —supongo yo— porque así lo decidió el cardenal Rouco. Yo, a Rouco, lo conocía de Alemania, en Munich, cuando yo hacía mi tesis sobre Husserl. Allí coincidí con él, con Mariano Álvarez y con Marcelino Legido. ¿Has oído hablar de él?

No.

¡No puede ser! Que tú no lo conozcas no quiere decir que Marcelino Legido no sea uno de los nombres más importantes del cristianismo de los últimos tiempos. Era catedrático de filosofía en la Universidad de Salamanca; allí lo conocí yo. Había hecho su tesis doctoral sobre el demiurgo en Platón. Después, se hizo sacerdote y se fue a Alemania. Ante él, Hans Küng y muchos otros inclinaban la cabeza y le llamaban *Herr Professor*. Era un hombre de una gran altura intelectual, que hablaba griego clásico.

Él se hizo cura para servir a Dios y a Cristo en los pobres, y se hallaba en Munich cuando estaba el bueno de Rouco, a la sazón —antes de ser cardenal, un divino que iba siempre con su *clerygman*, y acudía a los conciertos de la excelente sala *Hörer Saal*—. Jamás lo vi yo con un obrero. Él estaba con sus monjitas, estudiaba derecho canónico e iba como un pincel, allí, a pasear. Nunca se le conoció, no existió en Alemania.

Allí nos afanábamos un montón de gente, casi todos en torno a Marcelino, que decía la misa a los emigrantes, entre los cubos de basura. Mounier, sin Marcelino Legido, habría acabado en mí en un “mounierismo” más. Sin él y sin esa experiencia de la emigración de Alemania, de los pobres, que me marcó toda la vida, yo habría sido un vulgar y frío mounierólogo.

¿Qué línea profética se podría seguir por parte de un auténtico católico con respecto a la Iglesia?

Pues la de sufrir. Oportando entre Lacordaire o Laménais, el uno que se queda en la Iglesia como San Francisco, y el otro que se va de ella dando un portazo. Yo digo que la Iglesia es lo más grande que me ha pasado, lo cual no me ha dado puntos favorables con respecto de la calle, sino al contrario. Pero bastante mierda se ha arrojado ya a la Iglesia como para seguir insistiendo. Mi contrapartida fue esa opción de callarme, aunque cada vez me sienta más a disgusto teniendo que tragar. Estoy en un punto en el que no sé si realmente soy católico o protestante.

¡No me digas!

Quizás esté exagerando. Pero yo no puedo con las mariologías estas, ni con las tonterías estas, ni con las explicaciones escolásticas de la transubstanciación, ni con todas esas cosas que hay que estudiar. Por parte de la Iglesia, no ha habido ninguna mención a mí; ni positiva, ni negativa. Sólo una relación de absoluto ninguneo. Cuando todo ocurre así, silentemente, calladamente y sufridamente, socialmente no tiene crédito; sólo tiene rédito. Bien sabe la Iglesia cuál es mi posición y por eso no cuenta conmigo. Pero bien sabe también la posmodernidad cuál es mi posición y en eso tampoco puede contar conmigo, y no me va a encontrar.

Sin embargo, sí estuviste un tiempo colaborando con la muy eclesial revista *Communio*. ¿Cómo fue tu experiencia en ella?

Ha sido óptima. Creo que he tenido la inmensa fortuna de, gracias a la revista *Communio*, haber conocido a personas como a Juan Luis Ruiz de la Peña o a Antonio Andrés (¡almas mías vitales de mi alma!), que considero como un auténtico regalo de Dios. Y luego también he aprendido mucho con los Olegarios y otros grandes teólogos, que es lo que hace que, aunque yo no sea oficialmente teólogo, tenga gracias a Dios un buen bagaje teológico dentro de mi condición de laico.

*También tendrías relación con von Balthasar que era el gran inspirador de la revista.*

Con von Balthasar, había demasiada distancia generacional. Él era un viejecito maravilloso y acogedor. A mí, me trataba casi como a un hijo. Tengo muchas anécdotas con él. Me impresionaba su figura, su altura, su casi hieratismo no exento de humor, su recogimiento en la oración. ¡Cómo se hincaba de rodillas! y estaba *per longum, latum et diffusum*, hasta que alguien le tenía que decir: “Padre, ya es hora; ¡el autobús se va!”, o cosas así. A mí, me hablaba de sus traducciones y de su admiración por Calderón de la Barca. Es curioso, tradujo a Calderón al alemán. Era un gran políglota.

¿Teníais reuniones frecuentes?

Todos los años teníamos un consejo. Como era *Communio Internacional*. Cada año, la reunión se desarrollaba en un sitio diferente. Durante ese tiempo, nos reuniríamos en quince o veinte países. La gran figura era Hans Urs von Balthasar. Pero, poco a poco, fue creciendo otra figura, aunque no fuera comparable con él: la de Jean Luc Marion. De la *Communio* española, yo llegué a ser director, ya al final.

*El autor de El ídolo y la distancia.*

El primer libro de Jean-Luc Marion al español, lo traduje yo: *Prolegómenos a la caridad*, editado por Caparrós, en su colección *Esprit*, que fundamos, dirigimos, editamos y financiamos desde el *Instituto Emmanuel Mounier*. Toda esa especie de pequeño conglomerado que forman la editorial Caparrós, la editorial Encuentro y el Instituto Emmanuel Mounier, surge en torno a la revista *Communio*.

Es realmente un buen conglomerado que ha dado muchos frutos, como la edición, por Encuentro, de las obras de Hans Urs von Balthasar, la *Ética* de Scheler, en Caparrós o los clásicos del personalismo del Instituto Emanuel Mounier.

La sección española de la revista era muy importante. Quizá la cuarta después de la alemana, la francesa y la italiana. Llegamos a reunirnos en dieciséis consejos, con participación de dieciséis países. ¿Te imaginas la riqueza intercultural, religiosa y hasta piadosa que había en aquel grupo? Si yo no hubiese aprovechado y aprendido, aunque sólo fuera un poco, de aquellos grupos tan ricos, habría sido para colgarme. Pero frecuentar esos ámbitos es lo que me ha hecho intragable para el progresismo superficial y fácil que es el que ha alimentado la cultura de nuestro país. No es comparable el nivel de aquellos teólogos con el de estos filosofitos que no tienen ni idea de teología. ¿Cuántos de ellos conocen lo que critican?

*Communio* surge con la vocación de desarrollar intelectualmente las ideas contenidas en el Vaticano II.

No del todo. A veces, yo añoraba estar en la revista, entre comillas, rival; es decir, en *Concilium*. *Concilium* sí que era más del Vaticano II, con sus grandes figuras y vacas sagradas. Mientras que nosotros, en *Communio*, no teníamos más vaca sagrada que von Balthasar, quien entonces no lo era. *Communio* era mucho más ortodoxa. A veces, a mí me cargaba esa especie de carnalidad institucional de la Iglesia, del papa. Aun estando ahí, desde mi libertad, eso me revolvía las tripas.

En *Concilium* estaba Hans Küng.

Sí, y toda la teología de la liberación.

¿Cuál es tu postura en relación con la teología de la liberación?

En cierta ocasión, fui invitado por la UCA del Salvador, donde estaban los jesuitas, para dar una conferencia. Me encontré con Jon Sobrino —quien, por cierto, no me conocía—. Yo le pregunté: “¿Has oído hablar de Emmanuel Mounier?” Me respondió que no. Entonces, yo le dije: “Me parece imposible que un individuo de tu categoría y de tu orden, con esa cultura que tenéis los jesuitas, no haya nunca oído hablar de Mounier”. Tuve que creerlo, pero ¿cómo es posible? ¡Ah!, porque Mounier no es rentable. No es rentable para la disidencia. No es rentable por su forma de vida, porque padeció mucho y lo aguantó, porque realizaba una crítica constructiva. El dolor como argumento de vida y de amor no es rentable.

¿Me puedes explicar un poco mejor por qué te producía tanta aversión esa carnalidad institucional de la Iglesia a la que te referías?

Yo no soy un integrista. El integrismo es *bonum ex integra causa, malum ex quoquaque defectu*. Tienes que tragarte todo de la causa que asumes. Amigo Platón, pero más amiga la verdad. Yo me siento libre y creo que esta libertad es cosa de Dios. Yo no me veo tan fuerte como para haber podido permanecer en esta libertad durante tanto tiempo.

También decía Cicerón *legum servi sumus ut liberi esse possimus*, es decir, somos siervos de las leyes para poder ser libres.

Hay que tragar. Pero, si yo repaso mi vida, encuentro que he tragado muy poco; la verdad sea dicha. ¿Por eso también me resulto intragable a mí mismo? Sí, sí, esa es una buena conclusión: resultar autointragable.

Si eres coherente, no puedes hacer un pacto con el diablo siendo tú el diablo. Hay que decir yo conmigo ningún pacto. Ninguna componenda consigo mismo. Yo no quiero abogado. Yo quiero, y así lo he sufrido y lo he vivido, vivir como vivió en el estercolero, Job: sin abogado, pelando a voz en grito a su creador.

Dentro de la versión ortodoxa, ¿qué piensas de la Doctrina Social de la Iglesia?

Nada: eso es basura.

En primer lugar, que no existe. Con el curso del tiempo, yo te podría decir que hay dieciocho doctrinas sociales de la Iglesia. Vamos, como los posmodernos.

En segundo lugar que, si es doctrina, ya no es social. La doctrina es sólo en torno al dogma y a la fe, pero no en torno a lo social. Esa es una expresión desafortunadísima, que los meapilas cualificados mantienen por algún motivo que escapa a mi alcance.

En tercer lugar, eso es para los que no quieren seguir directamente la vida de Jesús. Es para los tibios que se han fabricado una casa de bajo techo y una piscina confortable de agua calentita para no seguir a Jesús. Eso lo digo aquí, en Roma, en China y lo he dicho en todos los sitios. Y lo puedo demostrar, simplemente comparando el lenguaje de Jesús y el lenguaje teórico abstracto que no baja a la realidad, que no muerde, de los enciclicqueros.

En fin, que es cosa de católicos hipócritas del CEU, de todo ese tipo de propagandistas, de gente que ha matado a Dios en su corazón.

En algún documento de la Iglesia, se habla de la opción preferencial por los pobres...

Pero, luego, a la hora de la verdad, viene el Papa y pone de rodillas a un señor que, bien o mal, ha hecho la opción preferencial por los pobres, al tiempo que, rápidamente, te nombra santo a uno que no la ha hecho, como San José María. Esto es una cosa que, de verdad, no tiene quicio ni razón. O sea que una cosa es la proclama que no duele, y eso es de hipócritas, y otra cosa es la realidad.

Mira, una vez, en México, tuve un encuentro con el cardenal Madariaga, que era quien lleva todo lo de la doctrina social de la Iglesia. Incluso, se habla de él como futuro papable. Le di una caña que no te puedes ni imaginar. Porque él empezó a hablar: “Conque si yo esto, y si la gente supiera, y no sé qué de lo que es el narcotráfico, y lo que sabe la Iglesia...”. Hasta que, en un momento, estaba mi mujer delante, yo le dije: “Sabes todo eso y, sin embargo, no lo dices; al contrario, estás como gran diplomático de la Iglesia, allí, colando mosquitos y tragando camellos. Y dice: “Bueno, no te creas; yo también estoy perseguido”. Le pregunté: “¿Dónde?”. “En Internet”, me respondió. Ser tan sólo perseguido en Internet no es ser perseguido. Lo malo es que tengo tanta experiencia concreta que, si la utilizara, podría perjudicar a la Iglesia, y yo no quiero hacerlo.

Es la postura de Lacordaire a la que te referías.

De Madariaga, me despedí rápido y mal. Luego, el arzobispo de Guadalajara me desautorizó en público en un congreso internacional de intelectuales católicos, a raíz de mi diálogo con Madariaga. Pero eso es lo de menos. Esas son batallitas pequeñas y sin importancia.

Esas malas relaciones con las autoridades políticas o eclesiásticas, ¿obedecen a un espíritu profético?

Yo no me considero un profeta, ni mucho menos. Si hubiera sido un profeta, tendría que haber muerto hace muchos años. He hablado a parlamentos enteros o al jefe del Ejército de algún país. Tal vez, si mi foto no hubiera aparecido en las portadas de algunos diarios, estaría con esos siete tiros en la cabeza. Confieso que he tenido miedo y que me han temblado las piernas allí donde me tenían que temblar. Pero, si yo no soy un profeta, voy adonde haga falta con los profetas. Yo no entiendo el Evangelio sin profecía —y Jesús, por ser profeta, nos convierte en profetas a todos.

### Una biografía espiritual

¿Cuál ha sido tu evolución personal en la forma de vivir la fe y el cristianismo?

La evolución de mi fe ha sido muy traumática, pero en el orden de lo que he querido que sea. Mi padre no era practicante y mi madre era una católica de la época, muy reaccionaria. O sea, todos los tópicos de Trento y más, si los pudiera haber, se daban en mi madre. Por otra parte, ella era una mujer muy buena y muy trabajadora. Nos educó religiosamente con miedos, con muchos miedos y con la vigencia del Dios castigador que era lo que entonces había.

Tampoco era, la mujer, responsable de eso. Así viví siempre y, no sé cómo, mi subconsciente me fue trabajando ese miedo hasta que llegó un momento en que yo creía que era culpable no sólo de lo que hacía o no hacía, sino de lo que hacían los demás. Y eso, de repente, se transformó al encontrar a Marcelino Legido, quien me orientó hacia la lucha, hacia el cambio interior, hacia Dios.

Pero, según lo que me has dicho, tu encuentro con Marcelino Legido tuvo lugar en Alemania, cuando ya habías terminado la carrera.

Sí, pero ni siquiera entonces aprovecho la situación porque sigo entendiendo el cristianismo como una especie de ascetismo heroico que además no me lleva a Cristo, sino a la imitación de Marcelino Legido. Así, desaproveché la oportunidad de decirle quien yo era, que era un escrupuloso incapaz de acercarse a comulgar por aquello del pecado.

A pesar de todo, en el nuevo estadio, que sería el tercero, seguí luchando y esa lucha me llevó a una grave depresión que me ha tenido enfermo durante muchos años. Paradójicamente, la gente no se daba cuenta porque yo, por mi parte, procuraba ocultarlo, compatibilizándolo con un activismo heroico. Esa enfermedad me llevó a psiquiatras y más psiquiatras que, finalmente, no me curaron. He sido una especie de *San Manuel Bueno y Mártir*.

Nadie lo diría al verte, no tienes aspecto de atormentado.

Aquella situación la reflejo en una autobiografía que me pidió Ediciones Paulinas y que salió publicada bajo el título *Para venir a serlo todo*. Finalmente, era tanto mi dolor que yo no podía más con mi cabeza. Hacía todo

lo posible por creer, pero yo no podía creer a través de ese sentimiento del Dios castigador, que me volvía absolutamente loco. Y, finalmente, estoy en la cuarta etapa, en la cual toda esa enfermedad se curó simplemente porque hubo un día un psiquiatra que me dio unas medicinas. Yo, que tenía tanta animadversión a las medicinas y que buscaba lo profundo como terapia, escarbé demasiado y volvía yo locos a mis psiquiatras.

Todavía sigo con la medicación y no tengo ni remordimientos, ni escrúpulos, ni nada, y estoy con una fe madura. Lo mío ha sido un enorme sufrimiento durante décadas. Mis psiquiatras, que no tenían por qué mentir, me decían que mi sufrimiento era máximo. Porque sería para hablar largo y tendido sobre la cantidad de locuras que yo hacía para contrarrestar aquel sufrimiento.

No podía dormir ni de día ni de noche, no podía estar en un sitio abierto porque enseguida había problemas. Pero nunca me solté de la mano firme de Jesús, ni cuando era demasiado húmeda y resbalosa para mí, y se me escapaba. Ni cuando, como ahora, es firme y segura. Ni siquiera cuando, sobre todo, he sido, soy y seguiré siendo pecador.

En *Contra Prometeo* dedicas un capítulo a hablar de la culpa, el pecado y el perdón como rasgos positivos.

En ese momento, me hallaba yo en la lucha. En mi caso, era demasiado enfermizo. Llegaba a unos límites que... Un pastor protestante amigo me dijo: "¡Mira, Carlos, no puede ser tan complicada la fe para quienes no somos sencillos!". Yo era bueno, y lo sigo siendo, para dar consejos a los demás. Pero cuando se trataba de mí era incapaz. Incluso los daba también para ver si podía aplicármelos; pero era inútil. Conozco bien el humus de la realidad de la miseria humana en mi carne. Quizás haya sido eso también, aunque a veces no lo resalte; una de las más profundas razones de mi solidaridad con los pobres: mi propia pobreza.

Pero una cosa es la pobreza física y social y otra la miseria del pecador.

Pues yo creo que la pobreza del pecador es durísima. La pobreza de quien cree que no tiene remedio y del que cree que va a ir al infierno y que Dios es condenador. Cuando se vive de verdad en esas creencias, se vive empapado en el sudor de la angustia.

Por otra parte, Ricoeur afirma que la culpabilidad puede ser un sentimiento sano y que es, en el fondo, la otra cara del deseo de Absoluto. Tal vez, en tu caso la fortaleza de un ideal del que no se puede rebajar nada te haya llevado a esas angustias.

Mezclado, mezclado. No olvides que Ricoeur es luterano y su luteranismo es acentuado en ese terreno; tal vez lo haya sido de manera excesiva. En el otro extremo, von Balthasar trata con poco respeto a la angustia, a la depresión y a la enfermedad porque dice que, cuando se tiene fe, no puede darse eso.

De hecho, la experiencia de la noche oscura, tan bien descrita por San Juan de la Cruz, es una experiencia universal de los santos.

Así podría decirse con mayor profundidad. Pero, así como reconozco lo que te acabo de decir sobre mis angustias y depresiones, también reconozco que mi fe es muy grande y muy sólida. Porque la fe no ha sido para mí un concepto, sino una experiencia de noche y resurrección. Sigue siendo, para mí, una experiencia de optimismo trágico, de esperanza y de dolor como el que me produce la Iglesia por su falta de sentido de la realidad.

*Siempre te refieres a los pobres con simpatía. Les reconoces, junto a Mounier y a Marcelino Legido, como a tus maestros. ¿Cómo es tu relación con los pobres?*

Cuando yo me fui por primera vez, hace veintitantos años a México, en lugar de quedarme viviendo en un chalet de la Universidad pontificia, me fui al barrio de Chalco, y siempre ha sido así.

Yo no soy pobre. Soy un burgués. No podemos ser pobres con la cultura que tenemos. Pero yo, ante los pobres, me explico. Me explico ante ellos de rodillas. Esa es la forma de implicarme. Aunque eso no quiera decir que tenga una actitud hagiográfica y pauperófila.

Estar con los pobres significa tratar de compartir con ellos buena parte de tu peculio. Ahora, si me dices que no he llegado a vivir como un pobre, te diré que es cierto; y esa es otra de mis incongruencias. Al final, lo que hago es una especie de la pobreza, y eso me lo llevo a la tumba.

*¿No supone eso una cierta escisión como en el caso del sentimiento de San Manuel Bueno mártir del que me hablabas; es decir, enseñar una fe que se quiere pero en la que no se cree?*

Durante mis años de crisis, mi anuncio enfervorecido del Evangelio yo no lo vivía como una mentira querida, sino como una exigencia de vida. Porque si yo hablaba de Jesús, tenía que transmitir esa convicción a los demás, aunque, al mismo tiempo, tuviera que pasar por una *epojé* personal.

En esa etapa de oscuridad, ¿vivías los sacramentos y participabas en las celebraciones comunitarias?

Durante muchos años, he estado sin poder acercarme a comulgar a causa de mi estado límite de padecimiento mental.

Y ¿ahora?

Ahora, sí.

¿Pertenece a alguna comunidad religiosa?

No, no.

Entonces, ¿vas por libre y acudes a tu correspondiente parroquia?

Sí, desgraciadamente. Eso es lo que hay.

¿Haces oración?

Sí, sí, claro. Si no fuese por esa dimensión de la fe en Cristo y su práctica correspondiente, yo sería un experto —y aun así lo soy— en reventar a mi prójimo; especialmente si es mi adversario dañino.

Mounier, además de ser un buen católico, estudiaba metódicamente las Escrituras con el padre Pouget.

Mounier era de natural piadoso. Desde que era muy jovencito, andaba por ahí, participando en los movimientos religiosos de su época y ahondando en el estudio de las Escrituras. Sí, con el padre Pouget y también con su maestro Jacques Chevalier. Pero yo nunca he sido de natural piadoso. Soy de natural volteriano.

## Amor y sexualidad

Curiosamente, esa facultad tuya para destrozarse dialécticamente a tu prójimo contrasta con la importancia que das en toda tu obra al tema del amor, palabra que no responde muchas veces a una realidad e incluso el mismo Lévinas lo ha subrayado en alguna ocasión.

Este también es uno de mis calvarios. Yo, como puedes ver, tengo muchos. Así, por ejemplo he escrito un libro de cuatro volúmenes que lleva por título *Soy amado, luego existo*, y eso tras un montón de libros en los que he sistematizado la dialéctica práctica intencional del encuentro profundo que se da a través de eso que se ha llamado, con mil palabras, amor. Claro.

¿Qué es lo que hace la señora o el señor que lee el *Hola* o el *Ama Rosa*? ¡Amor!, se dice; esto ya me lo sé yo. Y la gente no lee. Con lo cual entre el ambiente existencial reinante y la ignorancia correspondiente, yo tengo que pasar por un imbécil, o por un filósofo *light*, o por un católico de estos que qué va a decir. Pero nadie ha leído las páginas donde estudió fenomenológicamente esto, en Husserl... No lo han leído. Entonces, yo, ¿qué culpa tengo? ¿Qué culpa tengo yo de que los demás no crean en Dios? Se me ve un poco a contracorriente, pero de forma reaccionaria.

Pero el amor es una palabra que sigue conservando su viejo prestigio, y me parece que, de hecho, es la palabra más utilizada en Internet, con todas sus correspondientes traducciones.

Bueno, pues, aun así, yo he tratado de perfilarlo de una forma técnica y académica porque es necesario hacerlo; hay que desbrozar palabras cubiertas de tanta historia. Cuando escribo, yo constato mi propia experiencia. Yo no podría vivir sin amar y sin ser amado. Y, aunque pudiera, no me interesaría.

Yo creo que nadie, ¿no?

Bueno, hay gente que se burla de esto, ¿eh? Totalmente. ¿Lo del amor? ¡Bah! Es que tú no has tenido trato directo con los filósofos jóvenes.

En mi época, estaba de moda un librito, un auténtico best seller de Erich Fromm, que se llamaba *El arte de amar*. Adoptaba una perspectiva bastante humanista y hasta personalista, movimiento del que era simpatizante.

Bueno, hoy tú hablas del amor y, desde la psicología hasta la sociología de Wilson y todos estos, te dicen que el amor es un concepto prohibido y sacado de los diccionarios en el terreno científico. Bueno, hasta el célebre Eduardo Punset.

Hace poco oí un comentario de un libro escrito por la mujer de Punset, en el que al parecer, entre otras muchas cosas, defendía el papel saludable de los abrazos siempre y cuando éstos duraran un mínimo de seis segundos, tiempo necesario para estimular las zonas neurológicas oportunas.

No me cambies de tema.

No, lo de los seis segundos está en relación con un experimento que relataba Rof Carballo, a quien tú sueles citar, y era que las ratas acariciadas crecían más lustrosas y robustas que las ratas sin acariciar.

Todo eso lo aprendí yo en Ahsley Montagu, o sea que eso es muy antiguo. Pero, por ejemplo, hace mucho me preguntó Sádaba: “¿Todavía sigues casado con la misma?”. Cuando yo le dije que sí, él respondió: “Pero, ¡hombre!, a quienes el amor les dura más de cinco años, habría que penalizarlos por ausencia de imaginación!”. Tú, es que no estás en el ambiente.

Sí, pero hablo contigo con la conciencia de que en este tema partimos de unos mismos presupuestos. El adversario no es quien defiende que el amor dura cinco años.

Desde ahí, pues, lo recibo; pero la polisemia de esta palabra es tan enorme y su descrédito en el terreno de la ciencia es tal...

Yo veo la desaparición del amor más en el terreno de la práctica que en el de la ciencia. No creo que la ciencia haya desmentido lo de las ratas acariciadas o explicado que los monitos prefieran una mamá artificial de peluche que no les da de comer a una mamá de alambre que sí les da de comer.

Sí, hombre; todo lo de la Genética, la Biogenética, la Genética social de Wilson, y todos los demás. Eso está más que desmentido; en algunos de mis libros lo trato. Nuestro comportamiento básico es el de las hormigas. Somos una hormiga evolucionada; y el proyecto gran simio, y todo eso. Y ¿qué te dice Jesús Mosterín...? Pues, eso es lo que hay.

¿Qué amor, qué amor? Entonces, de verdad, la antropología, la sociología y la *animalología* van por ese camino. Ahora, ¡peor para ellos!, porque

lo real es que la gente se ama. Eso es lo que quiero subrayar. Que siempre andan desfasados; es que les importa un bledo la realidad. Que la gente se ama, que, aunque de forma equivocada, hasta se matan o se suicidan por amor. Eso les tiene sin cuidado. Han decidido que somos hormigas evolucionadas.

*Yo sigo creyendo que el discurso sobre el amor, precisamente fundado en esa realidad de la que hablas, es plenamente vigente.*

Pero, ¿qué autores modernos puedes citar para apoyarlo?

Yo reconozco que en materia de amor el autor que más me convence es Kierkegaard, en particular en sus *Obras del amor*, o incluso en su idea del amor unilateral.

Yo no estoy hablando de eso; es como si mencionaras a Platón y el parlamento correspondiente de *Diotima*. Pero yo no hablo de eso. Estoy hablando de las vigencias, de cómo hoy —y esto es una prueba más de la burricie—, del *a priori* en la ciencia y de la cultura, se vuelve a dar la espalda a lo más real que es el amor. Pervertido, divertido, convertido, como quieras, pero siempre hay una versión, un verter hacia eso, hacia el amor que es centro de vida. Y hoy no. Eso te da una idea, en la que tanto insisto y que tanto subrayo, de lo que es la posmodernidad, una ideología en el pésimo sentido que le daba Carlos Marx.

El mensaje personalista de autores como Buber, Lévinas y tantos otros, incluso Fromm o el mismísimo Wojtyła, llega a un cierto consenso de que el amor es una realidad, una hermosa idea vigente y una necesidad antropológica; otra cosa es la realización efectiva de esa idea que deja mucho que desear.

No han perdido vigencia de suyo, intrínseca, pero hoy no forman parte de la cultura ambiental. Todo eso es lo único que digo, que yo estoy aquí para refrescarme desde los clásicos, impeliendo e impulsando en lo que puedo, modestamente, claro, la realización de esa idea. Y eso es en lo que hoy ya no cree nadie.

Tú háblale a todo ese coro de grillos que cantan a la luna de esto. No tienen familia, están separados, duermen con una cada noche, y eso es lo que les va como convicción existencial. No es que crea yo que son malos, ni buenos, no me importa lo más mínimo, ni soy quién. Seguramente, todos serán muy buenas personas. Es que el amor no entra en su modo de

vida y, por tanto, no es un *logos hegemonikón*. La hegemonía está en otros sitios, no ahí. El amor no es el pensamiento dominante.

Sin embargo yo creo que testimonios de amor y vidas transparentes como la de Teresa de Calcuta, o el himno a la caridad de *Corintios 13*, siguen hoy llegando a la gente.

Les llega si ven que la fuente de donde les llega es coherente. Si lo dice el PP no les llega, les *desllega*. Al menos a mí eso es lo que me dice la gente de la calle: Que dónde están los cristianos porque si todos son unos tal o unos cual. Exageración que, por otra parte, le viene muy bien al crítico, al que no acepta al cristiano, porque, así se guarda las espaldas de su propia incoherencia.

Creo que Levinas era remiso a utilizar la palabra *amor* por su ineficacia.

Y más en un judío que no conoce la presencia del amor hecho carne. Para él Dios es un gentilicio, no es un tú, es un él, un *el-hoim*. Y, por otro lado, hay experiencias vitales que a Levinas le han marcado, los campos de concentración y la muerte de muchos compañeros en esos campos.

Él, personalmente, era un miedoso y le entraba un miedo escénico cada vez que tenía que dar una conferencia. Lo comprobé cuando coincidí y conviví con él en un congreso internacional en Rimini, en el mar Adriático, en concreto en el *Meeting per l'amitizia fra i popoli*, organizado por *Comunión y Liberación* y, además, me lo dijo su mujer.

¡Fíjate, un hombre como él! O sea que las experiencias vitales nos marcan muchas veces. Y, desde luego en él hay una enorme incongruencia. Ese sí que practicaba el *coitus interruptus* con las ideas, permanentemente. Es un atormentado porque es un continuo querer y no poder. Está siempre pendiente del rostro del otro hasta el punto de que opaca la propia identidad yoica aunque sea relacional. En fin, yo no tengo santos, pero Levinas, aunque aprenda de él, no es santo de mi devoción porque ha dado lugar a una especie de neomisticismo progre, intrínseco al pensamiento cristiano y judío.

Una cuestión íntimamente relacionada con el amor es la de la sexualidad ¿qué piensas de este tema?

Hombre yo digo que a mí los abrazos me encantan, pero no me enamoran. Es decir que yo soy un hombre muy carnal, muy pasional y en ese terreno muy vicioso si lo quieres decir como un clásico. El tema de la se-

xualidad estaba unido en mí a la obsesión por el pecado, el pecado a mirar, al no sé qué... y yo no lograba liberarme de eso, luchar contra eso me empeoraba. Mi mujer me ayudó muchísimo a dominar mi libido excesiva.

Supongo que ahora no tendrás ningún problema a ese respecto

Ahora estoy bastante liberado de eso y lo llevo mucho mejor. El cuerpo es maravilloso y yo he escrito muchas veces sobre el cuerpo. Yo soy muy amante del cuerpo, pero no voy a decir que del *soma pneumatikón* paulino, del cuerpo ya resucitado. Yo no tengo esa experiencia. Pero sí tengo experiencia de un cuerpo con el que se puede hacer espíritu, y un espíritu que se puede encarnar. Por eso más que de cuerpo me gusta hablar de carne. Si voy a una playa nudista no me da por pensar mal, sino al contrario. Me gusta estar moreno ¡coño!, me gusta estar moreno también en la tripa, nunca he tenido una tripa blanca (se levanta la camiseta y me muestra su tripa efectivamente bronceada). Ahí soy muy orgiástico, muy dionisiaco. Por eso no me gusta la hipocresía apolínea de ciertos misticismos desvirilizados (en ese momento inclina su cabeza y me dice: ¡Dame dos golpes en penitencia!). No me gusta esa especie de pudor, de falso pudor.

Max Scheler tiene un libro magnífico, *Sobre el pudor y el sentimiento de vergüenza*, en el que afirma que el pudor es una señal de que nuestro ser está determinado para un mundo más elevado que aquel de los fines biológicos.

Sí, es un libro muy bonito que Mounier cita.

Yo, a veces, discuto con mi mujer sobre la necesidad o no de echar bien las cortinas para evitar una posible y remota mirada indiscreta, yo soy mucho más pudoroso que ella.

Eso es maravilloso, que puedas discutir eso con tu mujer.

En todo matrimonio siempre existen esos conflictos pequeños y casi imperceptibles que Bergman, como nadie, ha sabido captar y que revelan la enorme dificultad para establecer una relación profunda y duradera entre hombre y mujer.

Yo creo que en tu caso la percepción de esas dificultades está relacionada con eso que te lleva unilateralmente a decir que el amor es unilateral. ¡Que te psicoanalizo, mira que te psicoanalizo!

Yo me muevo efectivamente en una tradición voluntarista, tipo Duns Scotto, Kierkegaard o Unamuno, que antepone la voluntad a la razón.

Un amor no encarnado, no realizado entre dos es unilateral y, por tanto, no está bien. Puede ser un inicio o también puede suceder que, sin prescindir de esa relación corporal, interpersonal de la pareja, tú puedas tener un *plus* de intencionalidad matrimonial que la otra parte de tu pareja no comparta, que tenga otros intereses que no sean los tuyos. Eso sí. Y esa es la dificultad porque la dificultad se da a base de que hay una bidireccionalidad. Si hay una mera unidireccionalidad no habría dificultad, no habría. Y lo que es peor, se vendría abajo mi teoría del tú, del yo y el tú.

Lo que dice Kierkegaard es que el amor entre dos es como una palabra compuesta unida por un guión.

Neuras de Kierkegaard. Eso después de Husserl es intragable

...Si en esa palabra, el otro extremo se cae y la otra permanece unida al guión, entonces permite que la caída se vincule de nuevo.

Eso es una ruptura. De momento cuando solo queda el guión, tenemos naturalmente la crisis. Pero vamos, que me cites a Kierkegaard como modelo de amante también tiene su broma. ¡Joder macho! Un enfermo, un enfermo en ese terreno, un enfermo. ¡Dios mío de mi vida! Vamos ¿quisieras tú ser como Kierkegaard?

No, no

¡Ah! Bueno, entonces lo que no quieras para ti, no lo quieras para los demás

No, pero una cosa es la persona de Kierkegaard y otra sus ideas expuestas en sus *Obras del Amor*, unas reflexiones preciosas. Y ahí no podemos obviar el problema del Tú debes amar, porque el deber libera al amor de la volatilidad del sentimiento. El tú debes amar se dirige también a los enemigos y a los muertos que no nos pueden corresponder. El tú debes amar introduce al amor en la esfera de la eternidad. La aspiración a la eternidad está en la dinámica del amor.

Pero lo que no puede ser es un querer solitario.

Pero si el amor está aferrado a la eternidad por el deber, entonces no se extingue.

En la teoría no, en la práctica sí. No confundamos el orden platónico con el orden aristotélico. *Jede Liebe sucht die Ewigkeit, tiefe Ewigkeit*, decía Nietzsche. Todo amor quiere eternidad, profunda eternidad. ¡Quiere!, pero no decía *es*.

Pero hoy día ni siquiera se plantea el problema del deseo de eternidad. Hoy día, ante cualquier crisis, las defensas están muy bajas porque existen muy pocas motivaciones para querer la eternidad.

Sí, hay crisis de eternidad, es más, hay fobia. Es de las pocas cosas que me parecen más interesantes de Julián Marías que, por lo demás es un lírico bailable, no pasa de ahí, pese a su gran soberbia. En un momento dado dice yo no comprendo por qué la gente tiene tanta fobia a lo eterno, como si la aceptación de lo podrido, de lo fungible, de lo que desaparece, no les causase desagrado, sino que hacen su apología. Claro que luego no se quieren morir. Es una contradicción más de la posmodernidad, una más. Nunca sus ideas coinciden con sus intereses, se atiborran de pastillas y cagan medicamentos por no morir.

En relación con el amor y la sexualidad me gustaría conocer tu opinión sobre los homosexuales.

Me parece muy bien que los haya, aunque yo no lo sea. Esta *gayfobia* viene de Aristóteles y de Santo Tomás. En realidad nosotros lo recibimos a través de lo que se llama la ley natural. La ley natural en San Pablo no es la naturaleza, es Cristo y por ahí se salva. Pero Santo Tomás y Aristóteles consideran que la ley natural es la naturaleza y que los animales no se dan por detrás. No sé qué animales no se darán, pero eso dicen Aristóteles y Santo Tomás. Lo natural es que haya machos y hembras, pero no machihembras. Por lo tanto es condenable todo lo que sea machihembra.

Ahora bien, mi punto de vista es que ese fisicalismo o naturalismo puede ser, aunque no es, universalmente extensible a todos los animales. Pero desde luego en el ser humano se rompe ese orden biológico natural y se establece el orden del amor que no prescinde del biológico. Esto significa que lo importante en la relación hombre-mujer es amarse, el orden del amor, el *ordo amoris*. Y si esto es lo importante, cualquier forma de infidelidad, de mentira y de todo eso es igualmente execrable en cualquier relación sexual incluso entre hombre y hombre, porque supone la ruptura del orden del amor. Dicho lo cual me preocupa que la homosexualidad tienda más a la infidelidad prácticamente, de hecho.

Es así, entre ellos se da mucho más la infidelidad, aunque también haya parejas homosexuales estables y responsables. No es una cuestión de darse por delante o por detrás, sino de cuidado recíproco y de respeto. Por lo demás, la bestialidad del machismo que maltrata a la mujer, aunque sea heterosexualmente, es tan repugnante para mí que no concibo cómo eso no es objeto de análisis serio, como un impedimento serio. O sea que usted no tolera que un hombre y un hombre se cuiden tiernamente y crezcan juntos y den ejemplo de virtudes, y sin embargo justifica usted mejor la heterosexualidad por el mero hecho de serlo biológicamente. ¿Cómo es posible?, ¿qué idea de persona tiene usted? Y en el fondo, lo que hay detrás de eso es la idea de persona. La persona entendida como una mera animalidad. Naturalmente esto he tenido que recomponerlo yo, pero hasta ahí no se ha atrevido a llegar Juan Pablo II. Al contrario, sigue siendo el viejo tomista de siempre que cuando habla sobre el amor, la sexualidad y el matrimonio, lo hace siempre en clave heterosexual. Y el *Opus Dei* y todos los que han llevado la manija y el manubrio y han movilizado las conciencias y las morales en este asqueroso país del que no quiero ser hijo.

#### La razón cálida

Creo que uno de los capítulos mayores de tu aportación filosófica es lo que llamas *razón cálida*, que es una razón llena de amor, encarnada, dolorida, globalizada...

La cuestión se reduce al ¿qué hacemos con los sentimientos? Y ya está. Porque ¿qué hago con mis matemáticas? Está claro: razón fría. ¿Qué hago con mis sentimientos? Razón cálida. Y qué relación hay entre una persona que está viva y su actuación lógica. Si se da una coherencia existencial está viva. La razón produce monstruos fríos y la razón fría mayores aún. Hay gente que tiene una inteligencia emocional de cero y una inteligencia lógica de cien. Por eso a mí me interesa más la biografía que la ideografía.

En ese concepto de razón cálida hay mucho del sentir intencional o la filosofía de los valores de Max Scheler, incluso de la razón vital de Ortega o la inteligencia sentiente de Xavier Zubiri...

Sí a todos esos los cito continuamente y no solo a ellos, sino también a todas las diversas familias de personalistas que yo he estudiado en mi libro *Treinta nombres propios*.

También Ratzinger ha defendido una razón ampliada

Me copia literalmente sin citarme, dice entre risas. En el fondo la razón cálida tiene una gran tradición: las razones del corazón de Pascal o el *ordo amoris* de Scheler. Lo que pasa es que no se ha visto bien esa calidez. Mi crítica de fondo a la posmodernidad, en la que confluyen todas mis críticas y que da coherencia a todas ellas, es que han desvinculado la razón de la vida. No creen lo que dicen. Exprimen el limón del *carpe diem*, para introducir el *carpe diem et noctem*. Y ¡claro!, ahí –dicho popularmente– “ya la hemos cagao”.

Tengo la impresión y me sorprende que no cites a una autora muy interesante como María Zambrano, autora de un libro muy personalista como es *Persona y Democracia*, y, además, defensora de la razón poética.

Mis respetos, pero es flojita. Es más lírica que Ortega. No tiene un plexo filosófico, aunque dice cosas muy poéticas.

Yo, sin embargo, creo que tiene más enjundia filosófica de la que puede parecer a primera vista. Por ejemplo esa idea suya de las entrañas, de que la razón tiene que ser entrañable o recoger las voces de los íferos o quejas como la de Job, me parece muy sugerente y próxima a la razón cálida.

Yo coincidí con ella y me pareció una mujer muy interesante, y, además, por su forma de asumir las raíces cristianas.

En las *Cartas de la Pièce*, que recoge la correspondencia con Agustín Andreu que fue cura, se manifiestan sus conflictos con la Iglesia, pero, sin perder nunca su admiración por San Agustín, ni su voluntad de permanecer dentro de la Iglesia.

Además aquella generación entendía lo de las razones entrañables porque estaba en su *conspectus*, pertenecía a su forma de vivir. Y de ahí esa sensación de señorío que te dan estos clásicos. Hay una larga tradición española que quiso reivindicar y redescubrir, no terminó porque era muy lento y muy pesado, un hombre al que casi nadie conoció que se llamaba Manuel Lizcano. Era un gran hispanista, filósofo, al que dedico yo uno de los capítulos de una obra mía. Era uno de esos españoles a los que nadie cita, por no ser académicos, pero que yo hago lo posible por rescatar. Él era un cristiano de verdad, íntegro y practicante, vinculado a la JOC. No era “progre”, era un *outsider* pero muy interesante, en la línea de ese

señorío que no existe hoy. Habrá títulos de nobleza, pero señores... No se puede tener título de nobleza con alma de esclavo.

Otro de los aspectos en los que tú insistes al abordar el tema de la razón es la contraposición entre el *logos* de los griegos, centrado en la relación sujeto-objeto y en la verdad como *aletheia*, desvelamiento, y el *logos* judío basado en la relación sujeto-sujeto y en la verdad como *emet* o fidelidad.

Son tantos los caminos que hay que explorar que me consumo desbrozándolos. El pensamiento hebreo es de corazón, de vida, de dolor. El tema que estoy desarrollando en mis últimos libros es *me dueles luego existo*. Eso supone un giro, ya no es el amor el protagonista, aunque sea en voz pasiva, sino que es el dolor, el dolor del otro, en la línea más judía. Hoy los intelectuales más potentes son, sin duda, los judíos y el más potente de ellos Herman Cohen, sin olvidar a Rosenzweig y a Levinas. Pero nadie me ha enseñado eso en España; no ha habido quien haya hecho ese giro. Es un cambio de paradigma. Hemos ido a remolque, edificando la ilustración de mala manera, deificándola, exaltando el progreso, el progresismo, como hace Muguerza el padre de todos estos pequeños.

Pero fue Muguerza el que escribió un famoso libro titulado *La razón sin esperanza*, que indica ya una cierta toma de distancia con respecto a la ilustración.

Eso fue después, pero, en todo caso, sin esperanza como la razón de Camus o Sartre, sin ceder un ápice en su admiración por el progreso. Esa es la contradicción de él, de Muguerza. Jamás se ha apeado de la ilustración, y ahora ¡toma!, le han apeado de un golpe con un cantazo, como se suele hacer.

La crítica ilustrada de la ilustración ya tiene una amplia tradición como *La dialéctica de la ilustración* de Adorno y Horkheimer, o determinados aspectos de la filosofía de Walter Benjamin o de la crítica a la técnica de Heidegger, que aquí en España han tenido sus seguidores. Tú mismo decías que junto al progresismo de Prometeo hay otro progresismo de Orfeo en la línea de Marcuse.

Ahora esa línea ya no es predominante. La admiración por el socialismo hasta Felipe González era progresismo ilustrado que se traducía en su actitud contra la religión, contra los textos de religión y la prohibición de la filosofía en el bachillerato. Soy autor de algunos textos de filosofía y religión para bachillerato y sé con lo que me he enfrentado. La crítica ilus-

trada a la ilustración es como la crítica cristiana del cristianismo, la una no deja de estar en la ilustración y la otra no deja de estar en el cristianismo.

Pero también existe un cristianismo ilustrado, al que ya nos hemos referido, como el que trata de defender Gómez Caffarena.

Si por cristiano ilustrado se entiende que sabe leer y escribir, que lee y está al día, entonces sí, yo no quisiera ser otra cosa. Pero si por ilustrado se entiende un cincuenta por cien de ilustración prometeica y un cincuenta por cien de cristianismo, entonces no. Yo creo que el caso de Gómez Caffarena es un caso de fe. Es un hombre muy bueno, muy listo, muy culto, aunque su contribución, fuera del terreno de Kant, haya sido muy escasa. Él se retraía mucho para escribir. Su cristianismo ilustrado se desarrolló, siendo Muguerza su ojito derecho, en el *Instituto de Fe y Secularidad*, donde yo también colaboré. Eso fracasó. Si yo tengo que explicar a Muguerza tengo que meter en el mismo saco a los cristianos ilustrados, donde jamás se daba la confesión de fe en público. Mira, para no tener el último enfrentamiento ahora, en Burgos, en los cursos de verano de las aulas Emmanuel Mounier, evité a González-Faus que había estado en la línea de los cristianos ilustrados y que vino a dar una conferencia. Él siempre me puso la proa y ahora viene repitiendo las críticas a esos posmodernos que antes fueron sus compañeros de viaje.

Tú citas bastante a González-Faus

Sí, lo cito mucho, y es excelente. Y ahora no está en la misma posición, está criticando aquella de la ilustración. Él, ahora. Y es que se pierde la sensatez. Se puede ser muy inteligente, pero indiscreto. Entre las ideas de Hegel hay una que siempre, siempre, me ha parecido de lo más actual y es que esa especie de *Zeitgeist* es la razón que arrasa con todo. Arrasa con todo y con los personajes de cada época que no tienen suficientes huevos para luchar contra la razón que se impone. Esa especie de caos determinista, teleológico, fatal, inexorable... Yo lo pienso mucho y me digo: ¡parece imposible!, pues peor para el *Zeitgeist* en mi caso.

Pero también es imposible salirse de ese espíritu de los tiempos

Bueno, ahí estaba Kierkegaard que se salió. No es imposible. Es difícil. Schopenhauer se salió, y ambos se salieron meditándolo ante la imagen de Hegel.

Pero hoy no tenemos nada equivalente a un Hegel que encarne el sistema o el espíritu de sistema con su pretensión de la verdad del todo. Aparte de que, en cierta forma, Kierkegaard y Schopenhauer, también son representantes de un *Zeitgeist* que entronca con otras corrientes de moda en su época como el romanticismo o como Wagner.

Pero es que es inexorable. Lo que yo criticaría no es que sea sistemático. Pues muy bien, cuanto más sistemático mejor. Lo que critico es que sea tan inexorable. La gente confunde, a veces, inexorabilidad con sistematicidad, pero eso no es justo. Creo que Kierkegaard fue sistemático. Cualquiera que tiene un texto de Kierkegaard enfrente sabe que es de Kierkegaard.

Pero esa es una cuestión de estilo que, precisamente, en Kierkegaard, es antisistemático.

Pero tú ves cómo Kierkegaard ha hecho su filosofía de una forma lógica, o ¿es que se le fueron ocurriendo cosas incoherentes?

No, Kierkegaard es coherente, pero está en contra de la dialéctica hegeliana. No toma el punto de vista del todo, sino del individuo, ofrece unas migajas filosóficas no una enciclopedia de ciencias filosóficas perfectamente trabadas.

Él ha construido dialécticamente su propia filosofía de forma dialectísima: negación, negación, superación, estadios...

Kierkegaard va en contra de la dialéctica hegeliana en cuanto que no cree en la mediación entre una cosa y otra. Habla siempre de estadios inmediatos. No hay puentes entre los conceptos, sino saltos.

En el *Don Giovanni* de Mozart, analizado por Kierkegaard, se dice *Glücklich ist der vergisst was doch nichts zum ändern ist*, es feliz aquel que no puede cambiar nada.

#### La felicidad

En consecuencia tú no podrías ser feliz porque crees que puedes cambiar algo. ¿Eres feliz?

No, me parece una indecencia ser feliz, en el sentido vulgar: cerdo satisfecho en su buena granja. De eso nada. Nada del mundo feliz de Aldous Huxley. Yo soy una persona que no teme a la infelicidad, sino a la infelicidad, al pasar por la vida sin hacer nada, ni por los demás, ni por uno

mismo. Por tanto en ese terreno soy kantianísimo y digo con Kant que lo importante no es ser feliz, sino digno de la felicidad. Séneca.

Digno de la felicidad significa que te van a doler muchas de las cosas que tú hagas contracorriente, que te van a ignorar, etc. Es decir, el sufrimiento no es incompatible con la felicidad. Entonces si ahora formulamos de nuevo la pregunta sobre si yo soy feliz diría que sí en la forma en que te acabo de aclarar. No, la felicidad no es un fin en sí mismo. Cualquiera asesino que esté satisfecho de sus crímenes es feliz. Esa crítica al eudemonismo ya la realizó cumplidamente Aristóteles y no hay que repetirla. La felicidad como el arte de crecer y de abrirte, transfundirte y sembrarte y de disfrutar mientras haces todo eso, aunque te lleve dolor, aunque no estés de acuerdo en profundidad contigo mismo. La felicidad es una utopía necesaria, eso sí.

Te lo preguntaré de otra forma: ¿te sientes realizado?

Eso es otra cosa. Me siento plenamente realizado y, a la vez, plenamente ninguneado socialmente. En serio.

Es verdaderamente una obsesión tuya esa del ninguneo.

Yo te lo digo sinceramente, a mí me hubiera gustado ser un hombre famoso, no a costa de mentiras, sino por el trabajo realizado, por lo pionero que he sido y sigo siendo. Fama viene de *femi*, decir, lo que se dice y no todo lo que se dice es de ley. No que yo tenga de mí mismo una propia conciencia reconocitiva, sino que la tengan los demás. A mí me encanta cuando a la gente valiosa le hacen un reconocimiento; soy el primero en ir allá a felicitarle. Pero este es un país muy cainita. Se ha exaltado la basura y la mediocridad. Ha habido especialistas en lanzar el canto contra la peana del santo, abatirlo y luego poner otro para volver a hacer lo mismo. Algunos que no se conforman con esta situación dicen: ya verás como la historia te rescatará del olvido. Yo no lo veré, moriré siendo un perfecto desconocido en mi país, en esta España a la que soy muy poco afecto. Nunca me he sentido de ningún país.

Pero hay que seguir el modelo de sabio retirado que dibujaba fray Luis de León: No cura si la fama/canta con voz su nombre pregonera/ni cura si encarama/la lengua lisonjera/lo que condena la verdad sincera.

Es que yo no estoy a la altura de mí mismo. Si yo estuviera a la altura de mí mismo me daría igual el ninguneo, pero es algo que me persigue. Para estar a la altura de lo que yo deseo, de la felicidad como la entiendo, tendría que estar a la altura del sufrimiento y cuando éste es demasiado fuerte, me vuelvo eudemonista y añorante. Y me comparo con lo que han logrado éste o el otro. Esa es mi incoherencia que mejor que nadie conoce mi mujer que me dice: pero si tú has escogido este camino ¿de qué te quejas?

Siempre le gusta a uno el reconocimiento cuyo deseo está presente en el mismo título de tu libro: *Soy amado luego existo*. Es en el fondo la lucha hegeliana por el reconocimiento, por el deseo del deseo de los demás, el deseo de ser amado.

Hay muchas formas de luchar por el reconocimiento y no es la única la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel. Si yo fuera mejor seguidor de Cristo, me buscaría lo que él. Cristo no se queja de que lo ninguneen.

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontrareis paz.

¡Ahí, ahí, ahí! Yo creo que eso es lo que me sitúa en mi sitio: la falta de humildad. Esa es la realidad, el aguijón de mi carne.

Pero, por otra parte, la falta de humildad es una experiencia universal y si se siente como aguijón eso ya implica un progreso. Tú antes me has hablado de una cierta evolución tuya hacia más luz.

¡Fíjate!, tengo en el fondo la impresión, por lo menos así me parece muchos días, de que ya no me importo yo lo más mínimo. Y, aunque parezca contradictorio con lo que te acabo de decir, yo ya paso de mí. Tal vez eso sea una evolución.

Hace no mucho hablaba con Álvaro Pombo que creía que con los años no se mejoraba. También recuerdo a Lorenzo Gomis que venía leyendo a los místicos desde jovencito y que tenía siempre la impresión de estar en los principios. Parece que a los filósofos que en teoría buscamos la sabiduría, no se nos pega nada de los textos que leemos.

Tú lo has dicho. Ya no hay más que decir: no se nos pega nada. Pero esto es también como cuando hablas con un supuesto hegeliano que conoce muy bien a Hegel, o un heideggeriano o cualquier ano de estos. Te das cuenta de cómo mienten los aedos. Porque ellos, en cuanto les haces una pregunta difícil sobre lo que presumen saber, ni la han pensado. Para mí

fue una experiencia fundamental en mi vida el fracaso que tuve un verano en Tubinga, que dediqué solo para ver si entendía la diferencia entre el Prólogo primero y el segundo de la Crítica de la razón pura. Abriendo y cerrando la biblioteca, sin entenderlo. Esos fracasos a mí me ponen en la medida de mi capacidad. Y luego he visto a muchos kantianos que no saben responder a una pregunta básica.

También Althusser, en su estremecedor libro *El porvenir es tan largo* se confesaba de su impostura, reconociendo que no había leído muchas obras de Marx, cuando pasaba por ser uno de los mayores expertos mundiales en marxismo. Pero en fin esas son las miserias de la filosofía.

Y las grandezas. Cada día me gusta más, esto te lo digo de todo corazón, levantarme para alabar a Dios y ya no acordarme de mí.

Nuestra conversación concluye, nos levantamos de la mesa y andamos un poco por el césped del jardín. Julia, la mujer de Carlos se acerca y él la abraza cariñosamente. También a mí, al despedirme, Carlos, fiel a una costumbre que me acaba de confesar, me abraza efusivamente y me besa en la mejilla.<sup>1</sup>

---

1 *El Ciervo*, Barcelona, nº 740. Enero-febrero 2013.